

parte, fácilmente se enmienda, y por sí misma recobra su natural constitucion; mas si el golpe ó la herida es grande, resulta en la estructura de la parte algun desórden ó vicio permanente; lo mismo debemos concebir que sucede en aquellas conmociones, que recibe el cerebro por la accion de los objetos. Si la conmocion es leve, sólo causa una alteracion transitoria; pero puede ser la conmocion tan grande, que de ella resulte alguna inversion habitual y permanente.

Supuesta esta nueva y preternatural disposicion de el cerebro, tambien es fácil de entender cómo de ella puede resultar alguna habitual mudanza en las pasiones ó afectos de el sugeto. Ya algunos objetos no harán en él la misma impresion que ántes hacian; porque variada la disposicion de el paso, aunque el agente sea el mismo, suele no obrar en él el mismo efecto; y alterada la constitucion de el móvil, no producir en él la causa motriz el mismo movimiento. Así puede desplacerle lo que ántes le placia, atemorizarle lo que ántes no le atemorizaba, etc., y quedar de este modo en una variacion permanente, en órden á algunas cosas, la índole ó genio de el sugeto.

Un caso que ahora me ocurre, será oportuno para persuadir á los lectores ménos perspicaces la verdad de la filosofia, que acabamos de proponer. Estando el año de 1675 resueltos á batirse por la parte de el Rin los dos ejércitos imperial y frances, aquél mandado por el general Montecuculi, y éste por el famoso mariscal de Turena, fué el de Turena acompañado de monsieur de San Hilario, teniente general de la artilleria, á reconocer una altura donde queria colocar una bateria. Estando en ella, llegó el momento fatal de aquel grande héroe. Una bala de artilleria, disparada de el campo enemigo, llevando primero un brazo á monsieur de San Hilario, dió en el estómago de el mariscal de Turena, y acabó con su gloriosa vida. Larrey, que refiere este suceso, advierte juntamente, como cosa muy notable, una grande mudanza que aquella fatalidad produjo en el genio de monsieur de San Hilario. Era este oficial de genio feroz y cruel, como lo habia manifestado en las ocasiones que habian ocurrido. Pero desde aquel momento

en adelante (porque tuvo la dicha de curarse y vivir despues mucho tiempo) mostró siempre una índole mansa y apacible. ¿Quién produjo en él esta mudanza? Aquel objeto terrible; la impensada, digo, y repentina muerte de Turena. Una circunstancia que añade el mismo historiador, muestra, que no el dolor de la pérdida de el brazo propio, sino la fatalidad de el general, hizo en su cerebro aquella grande impresion, que era menester para mudar su genio. Estaba con el de San Hilario un hijo suyo, al cual viendo el padre llorar por el destrozo de el brazo, con ánimo verdaderamente heroico, aunque al mismo tiempo altamente condolido, le dijo: «No llores por mí, hijo mio; llora la muerte de este grande hombre, cuya pérdida no podrá jamas repararse.» Un héroe ilustre con tantas victorias, impensada y repentinamente destrozado á sus ojos con el impulso violento de una bala de artilleria, fué un objeto sumamente terrible y espantoso para aquel oficial. Era una tragedia grande, para que no estaba preparado en alguna manera el ánimo. Así, incurriendo de golpe en el cerebro, era natural conmovérle extraordinariamente, y mediante la conmocion, alterar su textura; de modo que ya en adelante algunos objetos no hiciesen las mismas impresiones ni ocasionasen las mismas ideas. De aquí el no lisonjearle al de San Hilario, despues de el trágico suceso, la venganza feroz y desapiadada, en que ántes se complacia. Acaso en otras muchas cosas se mudaria su genio, y padeceria mudanza en otros afectos, aunque el autor que citamos ú otro alguno no lo hayan notado.

Si alguno quisiere filosofar de otro modo sobre este y otros fenómenos semejantes, por mí tiene libre el campo; pues como se me salve la máxma de que los objetos terribles y espantosos tienen eficacia para transmutar algunas pasiones ó afectos, tengo lo que he menester para mi intento, hágase dicha transmutacion de esta ó aquella manera.

Así, concluyo, que el Salto de Leucadia pudo curar á los amantes infelices de los dos modos dichos. Confieso, que no todos se curarian de el segundo modo; pero en los que la lograsen, sería la curacion radical y más segura.

ABUSOS DE LAS DISPUTAS VERBALES.

§ I.

He oido y leído mil veces (mas ¿quién no lo ha oido y leído?) que el fin, si no total, primario, de las disputas escolásticas es la indagacion de la verdad. Convento en que para eso se instituyeron las disputas; mas no es ése por lo comun el blanco á que se mira en ellas. Dirélo con voces escolásticas. Ése es el fin de la obra; mas no del operante. O todos ó casi todos los que van á la aula, ó á impugnar ó á defender, llevan hecho propósito firme de no ceder jamas al contrario, por buenas razones que alegue. Esto se proponen, y esto ejecutan.

Há siglo y medio que se controvierte en las aulas con grande ardor sobre la fisica predeterminacion y ciencia media. Y en este siglo y medio jamas sucedió que algun jesuita saliese de la disputa resuelto á abrazar la fisica predeterminacion, ó algun tomista á abandonarla. Há cuatro siglos que lidian los scotistas con los de las demas escuelas sobre el asunto de la distincion real formal. ¿Cuándo sucedió, que movido de la fuerza de la razon el scotista, desamparase la opinion afirmativa, ó el de la escuela opuesta, la negativa? Lo propio sucede en todas las demas cuestiones que dividen escuelas, y aún en las que no las dividen. Todos ó casi todos van

resueltos á no confesar superioridad á la razon contraria. Todos ó casi todos, al bajar de la cátedra, mantienen la opinion que tenian cuando subieron á ella. Pues ¿qué verdad es ésta que dicen van á descubrir? Verdaderamente parece que éste es un modo de hablar puramente teatral.

Pero ¿acaso, aunque los combatientes no cejen jamas de las preconcebidas opiniones, los oyentes ó espectadores del combate harán muchas veces juicio de que la razon está de esta ú de aquella parte, y así, para éstos, por lo ménos, se descubrirá la verdad? Tampoco esto sucede. Los oyentes capaces ya tomaron partido, ya se alistaron debajo de estas ó aquellas banderas, y tienen la misma adhesion á la escuela que siguen que sus maestros. ¿Cuándo sucede, ó cuándo sucedió, que al acabarse un acto literario, alguno de los oyentes, persuadido de las razones de la escuela contraria, pasase á alistarse en ella? Nunca llega ese caso; porque aunque vean prevalecer el campeón, que batalla por el partido opuesto, nunca atribuyen la ventaja á la mejor causa que defiende, sino á la debilidad, rudeza ó alucinacion del que sustentaba su partido. Nunca en el contrario reconocen superioridad de armas, si sólo mayor valentía de brazo.

Mas qué? por eso condeno como inútiles las disputas? En ninguna manera. Hay otros motivos que las abonan. Es un ejercicio laudable de los que las practican, y un deleite honesto de los que las escuchan. El tratar y oír tratar frecuentemente materias científicas, infunde cierto hábito de elevacion al entendimiento, por el cual está más dispuesto á mirar con desden los deleites sensibles y terrestres. Aún prescindiendo de esta razon, cuanto más se engolosinára la atencion en aquellos objetos, tanto más se debilitará su aficion á éstos; porque la disposicion nativa de nuestro espíritu es tal, que, á proporcion que se aumenta en él la impresion de un objeto, se mitiga la de otro. Finalmente, el ejercicio de la disputa instruye y habilita para defender con ventajas los dogmas de la religion, y impugnar los errores opuestos á ella; y este motivo es de suma importancia.

Mas por lo que mira á aclarar la verdad en los asuntos que se controvierten en las escuelas, es verisímil que ésta se estará siempre escondida en el pozo de Demócrito. Bien léjos de ponerse los conatos que se jactan para descubrirla, yo me contentaria con que no se pudiesen para obscurecerla. Daño es éste que he lamentado en las escuelas, desde que empecé á frecuentarlas. No de todos los profesores me quejo, pero sí de muchos, que en vez de iluminar la aula con la luz de la verdad, parece que no piensan sino en echar polvo en los ojos de los que asisten en ella. A cinco clases podemos reducir á éstos, porque no en todos reinan los mismos vicios, aunque hay algunos que incurren en todos los abusos de que vamos á tratar.

§ II.

Los primeros son aquellos que disputan con demasiado ardor. Hay quienes se encienden tanto, aún cuando se controvierten cosas de levisimo momento, como si peligrase en el combate su honor, su vida y su conciencia. Hunden la aula á gritos, afligen todas sus junturas con violentas contorsiones, vomitan llamas por los ojos, poco les falta para hacer pedazos cátedra y barandilla, con los furiosos golpes de piés y manos. ¿Qué se sigue de aquí? Que *juror, iraque mentem precipitant*; que llegan á tal extremo, que ya no sólo los asistentes no los entienden, mas ni aún ellos se entienden á sí mismos. ¿Conviene esto á la gravedad de los profesores? ¿Corresponde á la circunspeccion y modestia, propias de gente literata?

Sin duda que en cualquiera ciencia es violentisimo este modo de disputar; pero mucho más que en otras, en la excelsa y serena majestad de la sagrada teología. Así lo sintió el Nacionceno, el cual, en aquella oracion, cuyo asunto es *De moderatione in disputationibus servanda*, toda muy á nuestro intento, dijo, que la mayor excelencia de la teología es ser ciencia pacífica: *Quidnam in nostra doctrina præstantissimum est? Pax*. Y añade al punto, que la paz en la disputa, no sólo es nobilísima, sino utilísima: *Addam etiam, utilissimum*. La utilidad es notoria, porque la serenidad de ánimo es importantísima para discurrir con acierto y explicarse con claridad. Así los disputantes adelantan más y los oyentes perciben mejor. Como, al contrario, el fuego de la cólera

confunde el discurso y atropella la explicacion, es llama impura, que en vez de alumbrar la aula, la llena de humo.

No es esto condenar aquella enérgica viveza, que como calor nativo de la disputa, da aliento á la razon; sino aquel feroz tumultuante estrépito, más propio de brutos que se irritan, que de hombres que razonan, y que á los que no han visto otras veces semejantes lides, pone en miedo de que lleguen á las manos, como Juan Barclayo dice le sucedió con dos profesores, cuya ardiente contienda pinta festivamente en la primera parte de su *Satiricon: Tam acriter cœperunt contendere, ut res meo judicio ad manus, pugnamque spectaret*. Siendo yo oyente en Salamanca, sucedió, que un catedrático de prima, por el excesivo fuego con que tomó el argumento, se fatigó tanto, que, quedando casi totalmente inmóvil, fué menester una silla de manos para conducirle á su casa.

Estas iras comunmente, no sólo son viciosas por sí mismas, mas tambien por el principio de donde nacen; porque, ¿quién las inspira, sino un espíritu de emulacion y de vanagloria, un desordenado deseo de prevalecer sobre el contrario, una ardiente ambicion del aplauso, que entre la ignorante multitud logra el que hace mayor estrépito en la aula? A los genios inmoderados, la ánsia de lucir los hace arder. Dejo aparte la mala disposicion, que tal vez persevera en los ánimos, como efecto del fervoroso anhelo con que los contendientes recíprocamente aspiran á lograr en el público superiores estimaciones. Ya se vió por estos celos llegar á la indignidad de apedrearse públicamente en la calle dos insignes profesores, respetados por su sabiduría en toda Italia, y autores uno y otro de muy estimables escritos. Refiere el caso el famoso Guido Pancirolo, en el libro *De claris legum interpretibus*, capítulo cxxvii. ¡Monstruoso desórden en unos hombres sabios! *Tantæ ne animis cœlestibus iræ?* Como quiera que tan destemplados furios sean muy raros, es cierto que el estrépito tumultuante de la disputa, el cual es bien ordinario, es un abuso que, por las razones insinuadas arriba, perjudica mucho á la enseñanza pública.

§ III.

El segundo abuso, que se da mucho la mano con el primero, es herirse los disputantes con dicerios. En las tempestades de la cólera pocas veces suena tan inocente el trueno de la voz, que no le acompañe el rayo de la injuria. Es dificultosísimo en los que se encienden demasiado, regir de tal modo las palabras, que no se suelte una ú otra ofensiva. El fuego de la ira tambien en esto se parece al fuego material, que comunmente es denigrativo de la materia en que se ceba. Es ésta sin duda una intolerable torpeza en hombres doctos, ó que hacen representacion de tales.

No digo yo que se oigan en las aulas injurias que inmediata y expresamente toquen en las personas. Esto, ó rarísima vez ó ninguna sucede. Pero ¿qué importa? Se oyen frecuentemente desprecios de la doctrina, y éstos de resulta caen sobre la persona. El que defiende, desdena como fútil el argumento. El que arguye, trata de

absurda la solución. A cada paso se dicen que extrañan mucho tal ó tal proposición, como opuesta á la doctrina comunísima. Estas y otras expresiones semejantes, ¿no significan á los oyentes, que el sugeto á quien se refieren es un hombre desnudo de ingenio y doctrina?

Lo peor es, que comunmente se usa de ellas cuando son más intempestivas y más opuestas á la razón. El que arguye, nunca con más conato vilipendia la solución, que cuando ésta, por muy oportuna, le corta el argumento. El que defiende, nunca más ultraja como despropositado el argumento, que cuando éste le estrecha, aprieta y ultraja. Sidonio Apolinario dice de un amigo suyo, que entónces se certificaba de ser vencedor en la disputa, cuando veía desbocarse irritado el contrario: *Tunc demum credit sibi cessisse collegam, cum fidem fecerit victoriae suae bilis aliena* (1). El que no puede dar al argumento solución oportuna, procura desacreditarle entre los oyentes con el desprecio. Cubre su flaqueza con el manto de la osadía; y vencido en la realidad, se ostenta triunfante en la apariencia. Este modo de proceder, si el concurso se compusiese sólo de doctos, le duplicaría la confusión, añadiéndole á la nota de ignorante, la ignominia de insolente. Pero el mal es, que las aulas se llenan de principiantes en las facultades, entre quienes la inmodestia más atrevida logra los victores de una ciencia consumada.

Fuera de este modo descubierto de improperar, hay otro ladino y solapado, más seguro para el ofensor y más dañoso al ofendido. Éste es el de insultar por señas. Una risita falsa á su tiempo, arrugar fastidiosamente la frente, escuchar con un gesto burlon lo que se le propone, volver los ojos al auditorio como mirando la extravagancia, responder con un afectado descuido, como que no merece más atención el argumento, arrojar hácia el contrario una ú otra mirada con aire de socarronería, simular un descanso tan ajeno de toda solicitud en la cátedra, como si estuviese reposando en el lecho, y otros artificios semejantes, ¿qué significan al auditorio, sino una superioridad grande sobre el otro contendiente? ¿Qué le dan á entender, sino que éste es un pobre idiota, que no acierta con cosa, y más merece lástima que respuesta? ¡Oh, cuántos ignorantes se sirven de estas maulas, para encubrir á otros, tanto ó más ignorantes que ellos, su rudeza! ¿Qué es esto, sino suplir el esfuerzo con la alevosía, ó como decía el griego Lisandro, la piel de león con la de zorra? Industria vulgar, artificio vil, propio de espíritus de la infima clase.

§ IV.

El tercer abuso es la falta de explicación. Este defecto, aunque ménos voluntario, no es ménos nocivo. En él se incide frecuentísimamente. Muchas altercaciones porfiadísimas se cortarian felizmente, sólo con explicar recíprocamente el arguyente y el sustentante la significación que dan á los términos. Es el caso, que muchísimas veces uno da á una voz cierta significación, y otro otra diferente; uno le da significación más lata, otro más

(1) Libro III, epístola II.

estrecha; uno más general, otro más particular. Entrambos dicen verdad, y entrambos se impugnan acerbísimamente, escandalizándose cada uno de lo que dice el otro. Entrambos dicen verdad, porque cualquiera de las dos proposiciones, en el sentido en que toma los términos el que la profiere, es verdadera. Con todo, se van multiplicando silogismos sobre silogismos, y todos dan en vacío, porque en la realidad están acordes, y sólo en el sonido niega el uno lo que afirma el otro.

Esta confusión ocurre no ménos en las disputas de conversaciones particulares, que en las de los actos públicos. Digo lo que he experimentado innumerables veces. Y puedo asegurar, que muchísimas controversias de conversación, que no tenían traza de terminarse jamas, he tronchado con dos palabras de explicación de alguna voz. Es facilísimo conocer cuándo nace de este principio la disputa, porque las pruebas de que usan uno y otro contendiente, ó la prueba que da el uno y solución que da el otro, muestran claramente que hablan en diverso sentido, y áun manifiestan el sentido en que habla cada uno.

§ V.

El cuarto abuso es argüir sofisticamente. Los sofistas hacen un papel tan odioso en las aulas, como en los tribunales los tramposos. Entre los antiguos sabios eran tenidos por los truhanes de la escuela. Luciano los llamó monos de los filósofos. Y yo les doy el nombre de titereteros de las aulas. Una y otra son artes de ilusiones y trampantojos. Platon (*In Euthidemo*) dice, que la aplicación á los sofismas es un estudio vilísimo, y ridículos los que se ejercitan en él: *Studium hoc vilissimum est, et qui in eo versantur, ridiculi*. Poco ántes habia dicho, sentencia digna de Platon, que es cosa más vergonzosa concluir á otros con sofismas, que ser concluido de otro con ellos. En las guerras de Minerva, como en las de Marte, ménos deslucido sale el que es vencido, peleando sin engaño, que el que vence, usando de alevosía. La máxima *Dolus, an virtus, quis in hoste requirat?* si es mal vista del honor en la campaña, con no menor razón debe ser aborrecida en la escuela.

Es el sofisma derechamente opuesto al intento de la disputa. El fin de la disputa es aclarar la verdad, el del sofisma oscurecerla; luego debiera desterrarse para siempre de la aula, no sólo como un huésped indigno y violentamente intruso en ella, mas áun como un alevoso enemigo de la verdadera sabiduría. Y ¿qué diré de los sofistas? Que sería razón los castigasen como á monederos falsos de la dialéctica, ya que no con suplicio de sangre, pues no le admite la benignidad de la república literaria, por lo ménos con la afrenta pública del comun desprecio.

Estoy bien con la máxima, que han practicado algunos, de no dar á los sofismas otra respuesta que la de un gracejo irrisorio. Un sofista le probaba á Diógenes, que no era hombre, con este argumento: «Lo que yo soy, no lo eres tú; yo soy hombre, luego tú no eres hombre.» Respondióle Diógenes: «Empieza el silogismo por mí, y sacarás una conclusión verdadera.» Motejo agudo; porque para empezar por Diógenes el silogismo,

pondiendo sólo con el desprecio, tácitamente confesase su inhabilidad para desatar el nudo, en el discurso siguiente daremos una instrucción general para disolver ó todos, ó la mayor parte de los sofismas.

§ VI.

El quinto y último abuso, ó defecto, que hallamos en las disputas verbales, es la establecida precisión de conceder ó negar todas las proposiciones de que consta el argumento. Este defecto, si lo es, es general, pues todos lo practican así. Pero entiendo, que muchos que lo practican, acaso los más, no lo hacen por dictámen de que eso sea lo más conveniente, sino la casi inevitable necesidad en que los pone la costumbre establecida. Ocurren muchas veces en el argumento proposiciones de cuya verdad ó falsedad no hace concepto determinado el que defiende. Parece ser contra razón, que entónces conceda ni niegue. ¿Por qué ha de conceder lo que ignora si es verdadero, ó negar lo que no sabe si es falso? Pues ¿qué expediente tomará? No decir *concedo*, ni *niego*, sino *dudo*. Esto manda la santa ley de la veracidad. En el caso propuesto, ni asiente ni disiente positivamente; luego concediendo ó negando falta á la verdad, porque conceder la proposición, es expresar que asiente á ella, y negar, es manifestar que disiente positivamente. Sólo diciendo que duda, se conformarán las palabras con lo que tiene en la mente. Ni por eso se empantará el argumento (que es el inconveniente que se me podría objetar), porque al arguyente incumbe probar la verdad de su proposición cuando duda de ella el que defiende, del mismo modo que si lanegase. Así, respecto de la obligación del arguyente, lo mismo es decir el que defiende, *dubito de majori*, que decir, *nego maiorem*. Si sucediere que el arguyente pruebe la verdad de su proposición, podrá entónces el que defiende concederla sin desaire suyo, pues esto no es retractarse, sino determinarse en un asunto en que ántes estaba indeciso.

Diráseme acaso, que el inconveniente de faltar á la verdad se evita con las fórmulas de *admitto*, *permitto*, *omitto*, *transeat*, pues estas voces no explican asenso ni disenso. Respondo, lo primero, que dado caso que se evite con esas fórmulas el inconveniente de faltar á la verdad, subsiste otro harto grave. Muchas veces esas proposiciones, de cuya verdad ó falsedad se duda, aunque tengan conexión mediata con la contradictoria de la conclusión que se defiende, no descubren esa conexión á primera vista; de suerte, que el que defiende, no sólo duda de la verdad de la proposición, mas también de su conexión ó inconexión con la sentencia contradictoria de la suya. ¿Qué hará en este caso? ¿Usar del *admitto*? Caerá en el inconveniente de que el que arguye descubra con prueba clara la conexión que se le ocultaba, en cuyo caso tanto le perjudicará el haber admitido la proposición como haberla concedido.

Respondo, lo segundo, que el inconveniente de faltar á la verdad, examinado el fondo de las cosas, tampoco se salva. El que admite una proposición y niega el consiguiente, niega formalmente la conexión de aquella con éste. Luego si duda de la conexión, niega

era preciso que el sofista lo formase así: lo que tú eres, no lo soy yo; tú eres hombre, luego yo no soy hombre. Otro sofista le probaba al mismo Diógenes, que tenía armada la frente, con aquel sofisma famoso entre los antiguos, y que áun hoy sirve de diversión á los muchachos, á quien, por su materia, dieron el nombre de cornuto: *Quod non perdidisti, habes; sed non perdidisti cornua; ergo cornua habes*. A lo que Diógenes, tocándose la frente, respondió: «En verdad que yo no los encuentro.» De Diodoro, famoso sofista, refiere Sexto Empírico, que solia probar, que no habia movimiento con este dilemma: «Si algun cuerpo se mueve, ó se mueve en el lugar en que está, ó en el lugar en que no está; ni se mueve en el lugar en que está, pues esto es estar y no moverse, ni en el que no está, pues ningun cuerpo puede hacer cosa en el lugar en que no está; luego ningun cuerpo se mueve.» Habia molido con este enredo, entre otros muchos, al médico Herofilo. Sucediendo algun tiempo despues, que por cierto accidente se le dislocase un hueso á Diodoro, acudió á Herofilo para que se lo restituyese á su lugar. Halló Herofilo la suya, y en vez de curarle, le probó con su mismo argumento, que el hueso no se habia dislocado, diciendo: «O el hueso al dislocarse se movió en el lugar en que estaba, ó en el que no estaba, etc.» Por consiguiente se volviese á su casa, pues siendo su enfermedad imaginaria, no necesitaba de cura; aunque al fin con ruegos obtuvo Diodoro, que el médico aplicase la mano á la obra. De Diógenes tambien se cuenta, que probándole otro con cierto argumento de Zenon, que no habia movimiento, no le dió otra respuesta, que empezar á pasearse por la sala y decirle: «Creo á mis ojos, y no á tus ineptias.»

Acaso es más oportuna esta respuesta que las sutilezas que Aristóteles (1) empleó en disolver todas las cavilaciones de Zenon sobre el movimiento. Son los sofismas unos nudos, como el gordiano, mejores para cortados que para desatados. Desátalos el estudio, córtalos el desprecio. Aquello es más difícil, esto más útil; porque los sofistas, viendo que se trabaja en deshacer sus enredos, haciendo gala de la dificultad que en ello se encuentra, toman más aire para proseguir en ellos, y al contrario, cesarian en ese fútil ejercicio, corridos de ver que no se les daba otra respuesta que la irrisión.

Esto se debe limitar á los sofismas que evidentemente son tales. De esta clase son todos aquellos argumentos que intentan probar una cosa evidentemente falsa, como el que no hay en el mundo movimiento. ¿Qué necesidad hay de formalizarse sobre disolver un sofisma formado sobre este asunto? Aunque Zenon amontonase un millon de sofismas indisolubles para probar la quietud de todos los cuerpos, ¿habria quien diese asenso á la conclusión? Déjesele, pues, cavilar á su gusto, y el filósofo no gaste en esas impertinencias el tiempo, que ha menester para estudios más útiles.

Mas como en las aulas rara ó ninguna vez se proponen sofismas contra verdades evidentes, y aunque se propusiesen, siempre quedaria desairado el que res-

(1) Libro VI *Phisic.*, capítulo IX.

positivamente ú disiente positivamente con las palabras á una cosa de que duda con la mente. ¿Es esto conformarse lo que dice con lo que siente?

Puede ser que estos reparos míos á muchos parezcan nimiamente escrupulosos. Yo realmente en materia de veracidad soy delicado. Ni se me esconde que las voces *niego* y *concedo*, por el uso de la escuela, se han extraído algo de su natural ú ordinaria significa-

cion, de modo, que respecto de los facultativos, ya no sólo significan un asenso cierto y firme, ó á la afirmativa, ó á la negativa, mas tambien un asenso sólo probable. Mas sea lo que se fuere de esto, lo que no tiene duda es, que las disputas serán más limpias, más claras y más útiles para los oyentes, proponiendo lo cierto como cierto, lo probable como probable, y lo dudoso como dudoso.

DESENREDO DE SOFISMAS.

§ I.

Aristóteles, en el libro primero de los *Elenchos*, señaló trece principios de la falacia de los argumentos sofisticos, ó trece capítulos, por donde los silogismos pueden ser falaces. De estos trece capítulos, los seis constituyó en la *diccion*, y los siete en la *cosa* expresada por la diccion. Pero bien mirado, todos los que señaló Aristóteles, tanto los primeros como los segundos, se pueden reducir á uno sólo, que es la ambigüedad de la expresion. Así parece, que no con mucha propiedad colocó los siete segundos en la cosa expresada. Pongo por ejemplo: uno de los silogismos sofisticos, donde dice, que la alucinacion está en la cosa, es éste: «Sócrates es diferente de Corisco, Corisco es hombre; luego Sócrates no es hombre.» Pero ¿quién no ve que la falacia de este silogismo consiste precisamente en la ambigüedad de aquella voz *diferente* por la mayor ó menor amplitud que se puede dar á su significacion? Esto es, puede tomarse la diferencia enunciada en la mayor, ó por una diferencia total y adecuada, ó por una diferencia parcial é inadecuada. Si se le da la primera significacion á la voz *diferente*, la ilacion es buena, pero la proposicion es falsa, y por consiguiente, falsa tambien la conclusion; si se le da la segunda significacion, la proposicion es verdadera, pero la ilacion mala; porque de que Sócrates sea diferente en algo de Corisco, no se infiere que no convengan uno y otro en ser hombres.

Hablando, pues, con propiedad, el principio único de donde viene la falacia de el silogismo, ó que hace al silogismo falaz, es la ambigüedad de alguna voz. La razon es, porque la falacia de el silogismo consiste, segun el mismo Aristóteles, en la apariencia que tiene de ser buena la ilacion, siendo mala en la realidad, y esta apariencia sólo puede venir de la ambigüedad de alguno de los tres términos de que consta el silogismo, el cual, tomándose en diferentes partes del silogismo, en diverso sentido, falta la identidad de las extremidades con el medio; por consiguiente, no puede ser buena la ilacion.

De aquí infero, lo primero, que no es silogismo fa-

laz ó sofistico aquel, donde la ilacion ciertamente es mala por faltarle notoriamente á la forma, como éste: «El hombre es animal, el asno es animal; luego el hombre es asno.» La razon es, porque aquí falta enteramente la apariencia de ser la racionacion buena. Infiero, lo segundo, que tampoco es propriamente argumento sofistico aquel, que no por defecto de la forma, sino por alguna proposicion falsa, infiere un consiguiente notoriamente falso.

Así, aunque aquel argumento á quien dieron el nombre de *Aquiles*, con que Zenon probaba que no hay ni es posible en el mundo un movimiento más veloz que otro, sea comunmente computado entre los célebres sofismas de la antigüedad, juzgo que no es propriamente tal. Homero dejó escrito, que aquel insigne guerrero griego llamado *Aquiles* era extremadamente ágil y veloz. Pretendia, pues, Zenon, que *Aquiles* no podia exceder en la velocidad á una tortuga, y como la tortuga fuese adelantada un paso solo en un movimiento continuado, nunca *Aquiles* podria alcanzarla; porque decia: «Ni *Aquiles* puede avanzar en cada punto indivisible de tiempo más que un punto indivisible de espacio, ni la tortuga puede avanzar ménos que un punto indivisible de espacio en cada punto indivisible de tiempo. Luego ni uno ni otro pueden en mil puntos indivisibles de tiempo avanzar más ni ménos que mil puntos indivisibles de espacio; por consiguiente, el movimiento de entrambos es igualmente veloz, ó igualmente tardo.» Una y otra parte del antecedente parece las probaba Zenon con evidencia: la primera, porque si *Aquiles* en un punto indivisible de tiempo avanzase dos puntos indivisibles de espacio, se seguiria que el cuerpo de *Aquiles* en un punto indivisible de tiempo *simul et semel* estaria en distintos lugares, lo que es imposible, por lo ménos naturalmente. La segunda, porque, como no hay espacio menor que el punto indivisible, se seguiria, que si la tortuga en un punto indivisible de tiempo no avanzase un punto indivisible de espacio, nada se moveria en ese punto indivisible de tiempo (lo que es contra la suposicion hecha de moverse continuamente), pues repugna movimiento local, sin pasar á otra parte de el espacio.

A este argumento se dió el nombre de *Aquiles*, porque era costumbre entre los antiguos sofistas apellidar los argumentos dolosos que inventaban, denominándolos de la materia misma del argumento, ú de alguno de los términos que entraban en él. Hoy entre los escolásticos hay el modo de hablar metafórico y antonomástico de llamar *Aquiles* el argumento principal y más fuerte en que se funda alguna opinion; lo que sin duda tuvo su origen en aquel argumento de Zenon, aunque el motivo de la denominacion es diferente, pues hoy se da el nombre de *Aquiles* á un argumento, en atencion á la fuerza que tiene; al de Zenon se dió por alusion á la materia que trataba: bien es verdad que tambien se le pudiera aplicar en consideracion de su fuerza; porque es sin duda de muy difícil solucion, porque la que se da de que ni el tiempo ni el espacio se componen de indivisibles, no evacua la dificultad. Pero áun es mucho más intrincado, y á mi parecer, tambien mucho más agudo, otro de que usaba el mismo filósofo para el mismo intento. Aristóteles le propone en el libro vi de los *Fisicos*, capítulo ix, y procura responderle; pero creo hallarán muchos igualmente difícil en entender la solucion de Aristóteles, que desatar el argumento de Zenon.

Estos argumentos y otros semejantes, cuya dificultad no pende de las voces de que usan, sino del principio que toman, aunque infieran un consiguiente evidentemente falso, como el que inferia Zenon, no son comprendidos, como dije, en la clase de los argumentos sofisticos, porque la falacia no está en la forma, sino en la materia; por cuya razon, tampoco para disolverlos se pueden dar reglas generales. Cada uno tiene su especial dificultad, que no se puede evacuar sino mediante la penetracion del principio en que se funda, y materia que toca.

§ II.

Volviendo, pues, á los silogismos ó argumentos propriamente sofisticos, digo, que así como la falacia de todos se puede reducir á un principio solo, que es la ambigüedad de las voces, tambien á una regla única se puede reducir la solucion de todos ellos, que es observar si entre las voces de que usa el argumento, hay alguna, cuya significacion sea ambigua en orden al intento de la disputa. Digo en orden al intento de la disputa, porque hablando absolutamente, apénas hay voz en cuya significacion no quepa alguna ambigüedad. Observada la ambigüedad de la voz, se le debe precisar al arguyente á que determine su significacion, lo cual hecho, se verá patente la falacia.

Aristóteles redujo la ambigüedad á trece especies, pareciéndole que en ella hacia una division adecuada de la razon genérica. Pero sin duda se engañó. Y me sería fácil, á no estorbarlo el inconveniente de la prolijidad, señalar otras especies de ambigüedad distintas de todas las que él notó. Así, lo que con tanto estudio y extension escribió sobre este asunto en los dos libros de *Elenchos*, juzgo fué, no sólo un trabajo inútil, sino nocivo; pues el que, persuadido á que en los preceptos aristotélicos están comprendidas todas las reglas para

F.

desenredar sofismas, atendiere únicamente á ellos, se hallará enteramente sorprendido en varias ocasiones en que la ambigüedad no pertenece á ninguna de las especies que señaló Aristóteles. Pero doy que la division aristotélica fuese adecuada. ¿A quién se da lugar en el argumento al prolijo exámen de ir recorriendo en cada voz las trece especies de ambigüedad notadas por Aristóteles, para ver si está comprendida en alguna de ellas?

La regla, pues, que en esto cabe, es una y única. Cualquiera de mediana razon, al proponerle un argumento falaz, á la simple inspeccion de él, y ántes de advertir en qué está la falacia, conoce que el consiguiente no se infiere en realidad de las premisas. Advertido esto, si se ve que segun el sonido de las voces, no hay defecto en la forma, es cierto que alguna de ellas es de significacion ambigua, lo cual reconocido, como las voces son pocas, á brevísimo exámen se descubrirá cuál es la que adolece de este defecto, en cuyo caso se le debe precisar al que arguye á que determine la significacion.

Pongo dos ejemplos en dos sofismas vulgarísimos y antiquísimos. Sea el primero aquel pueril silogismo: *Mus est vox monosyllaba: sed vox monosyllaba non rodit caseum: ergo mus non rodit caseum.* Cualquiera á la simple vista del silogismo, comprende que el consiguiente no se infiere, y juntamente que atento sólo el sonido de las voces, el argumento guarda la debida forma. De aquí infiere que hay en él alguna voz ambigua, y al momento hallará que la ambigüedad está en la voz *mus*, la cual en la mayor supone por sí misma, y en la menor por el animal significado por ella. Sea el segundo el que por su materia llamaron los antiguos cornuto: *Quod non amisisti habes; sed non amisisti cornua; ergo cornua habes.* Con el mismo método se hallará fácilmente, que la ambigüedad está en el *non amisisti*. No haber perdido, se dice con propiedad de lo que se ha poseído; pero abusivamente de lo que nunca se poseyó. Así, con estos términos, *proprie loquendo*, *improprie loquendo*, se puede distinguir mayor y menor. Más, no perder una cosa es conservarla, ó en sí misma, ó en equivalencia suya. Sustituyase en el silogismo el verbo *conservar* á *no perder*, y saldrá la menor evidentemente falsa.

§ III.

Digo, que para descubrir los trampantojos sofisticos, la lógica natural hace mucho más que la artificial. Un buen entendimiento, con mediana reflexion, sin atender, á regla alguna más que á la general, que hemos señalado, conoce luego si en el argumento se usa de alguna voz con ambigüedad; si su significacion es, ó equivoca, ú obscura, ó impropria, etc., y descubierto esto, está descifrado el enigma.

Haré patente lo dicho en el sofisma llamado *sorites*, famoso entre los antiguos dialécticos. Éste era un argumento, que, procediendo por varias preguntas ó proposiciones (que tambien podian reducirse á silogismos, ó entimemas) obligaba en fin al que respondia á conceder una cosa evidentemente falsa y absurdísima. El